

EL MAESTRO MODELO DE UNA NUEVA INFANCIA EN LA SOCIEDAD DEVASTADA

Autor/es: TEJERINA NAVARRO, Gabriel Armando

Procedencia institucional: Consultora educativa Salta – Instituto Superior del Profesorado de Salta.

Dirección electrónica: gabrielt@salnet.com.ar

Eje temático: Cultura, representaciones e identidades de la infancia.

Campo metodológico: Investigación.

Palabras clave: sociedad devastada, asimetría, autoridad, saber

Resumen

En el presente trabajo se pretende dar respuesta a la pregunta ¿Es actualmente el maestro autoridad para sus alumnos? Dar respuesta a este interrogante remite a considerar y analizar los términos de la misma. Por un lado la cuestión de la actualidad. Para ello se postula el concepto de sociedad devastada. La palabra maestro remite a considerar la relevancia de la tarea de formación integral de las futuras generaciones a partir de un título docente. Al vocablo autoridad es conveniente ajustarlo en función de lo aquello sobre lo cual se lo considera como tal. En este punto se toma el aporte de diversos autores, centrando la mirada en los postulados que realiza Mariano Narodowski quien plantea la asimetría y lo prefigurativo como términos complementarios. En relación al alumno, se analiza las características sociales y culturales de este nuevo ser que vive en un contexto determinado.

Históricamente el saber de los maestros les aseguraba un “status” diferenciado en relación al resto de la sociedad. Actualmente en el marco de una sociedad devastada, esa autoridad “adquirida” por el saber, es cuestionada tanto por los mismos alumnos como por la sociedad toda. El trabajo pretende mediante una investigación bibliográfica reflejar si actualmente el maestro sigue siendo autoridad frente a sus alumnos y a la sociedad, posicionándolo de manera diferente y asimétrica como antaño. Y si es autoridad hasta qué punto es válido el saber que le da tal prestancia.

Para ello se realizaron análisis de bibliografía vinculada a la temática y entrevistas a directivos y docentes de educación primaria.

1. Introducción

Este trabajo surge a partir de las continuas críticas y cuestionamientos que se le hace a la figura del maestro al cual se lo señala como responsable de la actual situación social y cultural en la que nos encontramos. El maestro es señalado por los diferentes actores sociales en su conjunto como quien no ha llevado adelante un proceso pertinente de enseñanza y aprendizaje que permitiera no solo incluir a los niños y jóvenes en una sociedad con determinadas competencias, habilidades y capacidades sino también generar que los índices de evaluación internacional hayan caído estrepitosamente.

Antaño el maestro, en cuanto poseedor, portador y comunicador de un conocimiento tenía un lugar especial en la sociedad. Ser maestro era estar por encima en el escalafón social. Un cúmulo de factores políticos, sociales, culturales, económicos y sindicales llevaron a que el maestro fuera denigrado en su vocación, en su profesión y hasta en su saber. De hecho los rápidos cambios y avances en el campo de las ciencias y de la tecnología tuvieron un protagonismo especial para que la figura del maestro fuera cuestionada. Las normas legales que rigieron nuestro país desde los años noventa hasta el año 2006 plantearon que la escuela debía responder a los cambios y necesidades sociales brindando un tipo de formación que supere lo informativo, lo enciclopédico en razón que el alumno quedaba fuera de un mundo complejo y tecnificado como el actual.

La revolución tecnológica ocurrida a partir de la aparición de las computadoras y de internet hizo que todos tuvieran acceso al saber. El maestro ya no estaba en posesión del saber, había perdido ese monopolio.. Esta relación vertical, selectiva y hasta autoritaria devino en una relación horizontal y abierta a todos.

Esto llevó a que los maestros sufrieran una crisis de autoridad y por ende de sentido. Desde los niveles de decisión de política educativa se propusieron cambiar la “mentalidad” existente en los docentes con un golpe mágico de una varita. ¡Como si fuera tan fácil!. Las estructuras se cambian rápidamente mientras que las mentalidades tardan en modificarse.

Como el maestro no había sido preparado para este tipo de formación, se determinó la necesidad de actualizar al maestro brindándole instancias de formación continua a los fines de estar a la altura de las circunstancias. Se habla entonces de la necesidad de contar con maestros competentes a los que se los considerara trabajadores de la educación. En cuanto tales, la sociedad a través de sus autoridades políticas debían determinar los estándares de calidad a los cuales se debían llegar. Es así que se establecieron las metas y objetivos alcanzables en un tiempo determinado. Esta situación generó que los maestros fueran fuertemente cuestionados en su hacer y en los recursos que se invertía en ellos. Este cuestionamiento se avaló incluso desde la clase dirigente. Vale traer a la memoria a la entonces presidente Cristina Fernández de Kirchner cuando, en uso de sus funciones, en su discurso de apertura de sesiones ordinarias del Congreso dijo con toda claridad: *“Los docentes trabajan cuatro horas y tienen tres meses de vacaciones”*.

Llamativamente y a pesar del descrédito de la profesión, el mito del docente como autoridad poseedora del saber ha vuelto a cobrar fuerza en razón que cada día se está logrando comprender mejor que el maestro es el generador de todas las profesiones. Ninguna persona llega a niveles de educación superior y actividad profesional si no es por un maestro. De allí su importancia. En este sentido, vale mencionar que el orden y la supremacía cognitiva perdida se está volviendo a restaurar lentamente.

Sin embargo, los embates contra la autoridad del maestro siguen apareciendo. Esto genera que la autoridad del maestro, puesta continuamente en jaque, esté bajo el análisis permanente y se requiera del maestro una categoría ejemplar que permita ejercer un liderazgo significativo y positivo para sus alumnos y la sociedad toda.

Ahora bien, la pregunta que podría surgir es ¿Por qué a pesar de ser cuestionado, al maestro se le requiere una categoría ejemplar digna de ser tomada en cuenta?

La actual crisis de autoridad, de entereza moral, de saber, de integridad, de prestigio moral y ético ha calado hondo en los miembros de la sociedad quienes necesitan a un referente que les marque el camino a seguir. Entonces el maestro adquiere aquí la categoría de superhombre que deja de ser una persona banal

para ser una persona virtuosa que enseña valores no solo con su prédica sino con su vida.

La profesión docente tiene la particularidad de ser al mismo tiempo comunicadora de saberes y ejemplo para con sus alumnos.

La misma tecnología que generó cimbronazos en los cimientos de la autoridad docente es la misma que también provocó, tal como lo menciona Mariano Narodoswky, citando a Neil Postman, la desaparición de la infancia.

Que la infancia desaparezca implica que las etapas evolutivas y el estado de “minoría de edad” se hayan diluido impidiendo crear un lazo de heteronomía necesario para la convivencia social responsable.

En este punto Narodoswky plantea:

“...la infancia supone una forma de dependencia en la que hay otro que maneja los diferentes planos del universo decisional del menor de edad y al que se le confiere en este vínculo el lugar de la autoridad: el adulto.”

En su momento ese adulto estaba representado por las figuras paternas y maternas y docentes. En la actualidad, sin infantes y con el adulto adolescentizado, el maestro, aunque cuestionado, ha tomado el lugar del adulto. De allí que todas las miradas se dirijan hacia el maestro.

Narodoswky refiere que la infancia, tal como estaba planteada hasta no hace mucho tiempo atrás, ha quedado obsoleta y hoy tanto el concepto como “el infante” necesita ser repensado en función de la sociedad y la cultura actual.

Este autor plantea que la infancia es un constructo histórico acotado a ciertas épocas y espacios sociales, de allí que la infancia de hace unos años atrás no es la misma infancia de la actualidad.

En este sentido, la infancia ha pasado de ser considerada como una etapa vital incapacitada para generar una ley no escrita y que necesitaba de un adulto ejemplar a un estadio en donde, cuestionando y destituyendo el anterior esquema, al infante se le han asignado ciertos derechos y libertad que le han hecho perder su inocencia y constituirlo en un individuo que decide sobre lo que desea hacer.

Esta situación habría que enmarcarla en un contexto histórico nacional en donde la forma de gobierno autoritaria vivida al extremo generó que la relación entre las personas fuera de mando y obediencia. A esto hay que agregar los diferentes contextos culturales en donde muchas veces la figura masculina y paterna fue más prominente que la femenina. Con la llegada de la democracia y consolidada en el tiempo, el autoritarismo dejó su espacio a la libertad. En su nombre el niño se liberó de la heteronomía para constituirse en un sujeto autónomo. El problema que aquí surge estriba en un infante que no sabe qué hacer con su libertad en un contexto donde los derechos y las libertades han sido exaltadas al extremo.

Entonces surge una gran dicotomía. Por un lado un niño inserto en una cultura que rechaza la autoridad, por el otro, ese mismo niño que no sabe qué hacer con su libertad. Todo esto sucediendo en un contexto donde las instituciones sociales están siendo cuestionadas.

2. Referentes teóricos-conceptuales

Desde la sentencia pronunciada por Nietzsche en boca de Zarathustra: “Dios ha muerto” se ha generado un proceso en el cual el hombre ha desterrado toda trascendencia de su vida dando inicio al fin de la modernidad conocida con el nombre de posmodernidad.

La posmodernidad no es otra cosa que la disolución de las principales teorías filosóficas y el fin de la metafísica.

En el libro *El Crepúsculo de los Ídolos*, Nietzsche plantea que el mundo que se dio en llamar verdadero prometido al virtuoso, al piadoso, al pecador que hace penitencia, es un mundo al que nunca se tuvo acceso, que no se conoce pero que en realidad siempre “obligó” a que se fuera bueno, se hicieran las cosas bien. De esta manera se podría acceder a ese mundo solo conocido por quien primero ha pasado por la muerte. Pero llamativamente nadie volvió de la muerte para contar, para mostrar, para evidenciar que ese mundo al que se llamaba verdadero era verdadero.

Lo que está haciendo Nietzsche es recorrer la historia humana y de las ideas que, en su lectura, no son otra cosa que las etapas de des – humanización del hombre. Su planteo critica no solo a la filosofía griega que creyó colocar la

verdad del mundo en un más allá metafísico sino también al descubrimiento kantiano de que el mundo de la experiencia está intervenido por el sujeto humano. Su reproche está dirigido también al positivismo al que cuestiona por el hecho de que brinda una verdad a partir de experimentos científicos y tecnológicos.

Si nadie conoce el llamado mundo verdadero, entonces no hay ya ningún mundo verdadero. Nietzsche da un paso más planteando que ese mundo es una idea inútil, superflua y por consiguiente no puede obligar a nadie a nada. Entonces lo mejor es eliminarla. Eliminado el hasta entonces llamado mundo verdadero, no queda otra cosa que este mundo. No hay trasmundos, no hay nada más allá de lo físico. No hay cara verdadera ni cara oculta. No hay otra cara de la moneda, solo hay una.

Esto genera que el hombre tome conciencia entonces de su realidad como hombre y que este mundo es el único existente. Sin aquel mundo que lo obliga, el hombre inicia un proceso de transformación que pasa, según Nietzsche en el texto Así habló Zaratustra, desde el camello al niño.

El camello es un mamífero que se lo ubica generalmente en la geografía asiática y se lo emplea usualmente como animal de carga para recorrer grandes distancias a través de rutas desérticas imposibles de recorrer por vehículos de ruedas.

Algo que caracteriza a los camellos es que soportan grandes pesos como carga y si bien gruñen cuando se los carga, en realidad no es un signo de descontento. De allí que el camello sea considerado como un animal paciente que pide ser cargado con pesadas cargas, de allí que su fortaleza se regocije.

Esta imagen lleva a considerar la situación del hombre que es cargado pesadamente de manera múltiple. Las leyes, los mandatos familiares, culturales, religiosos y sociales no son más que pesadas cargas con las que el hombre se carga para poder acceder a un mundo distinto. Se podría afirmar que el hombre busca nuevas cargas y hasta goza con que le carguen esas cargas.

Pero Nietzsche dice que en lo más profundo del desierto ocurre la segunda transformación: El camello se transforma en león. El león es un felino de gran porte que caza animales de gran tamaño a los cuales despedaza con sus filosos dientes. El león está asociado a fuerza, destrucción, rebeldía. ¿Por qué el camello se transforma en león? Frente a un camello que soporta las cargas impuestas por

otros o autoimpuestas el león se rebela destruyendo todo lo establecido, lo fijado, lo determinado.

¿Qué hace el león? Destruye, pelea y, en la imagen propuesta por Nietzsche, el león quiere conquistar su propia libertad, ser dueño de su propio territorio. Para lograr esto el león debe enfrentarse con el enemigo del dragón “Tu debes”.

Durante mucho tiempo el “tú debes” rigió la vida de los hombres... tú debes ser bueno, tú debes respetar a tus mayores, tú debes sentarte bien en la mesa, tú debes dar el asiento a las mujeres, tú debes ir a las celebraciones religiosas... tú debes. El dragón al que se enfrenta el león es escamoso y en cada una de sus escamas brilla la palabra “Tú debes”. Dice Nietzsche que frente a esos valores milenarios que brillan en cada escama del dragón, el león se enfrenta con agilidad e inteligencia vencéndolo y de esta manera convirtiéndose en señor de sí mismo. Así el león es libre para crear y crearse libertad, crear y crearse nuevos valores.

La imagen del león enfrentado con el dragón lleva a considerar al hombre que vive sufriendo pesadas cargas y pesados mandatos. El hombre toma conciencia de su realidad, ¿Cuál realidad? La realidad de hombre sometido, de hombre esclavo y de hombre al que otros le dicen qué hacer, un hombre mediocre. El hombre se reconoce de esta manera y se enfrenta a los mandatos, a la esclavitud, a lo establecido. Sin Dios, el hombre debía superar su mediocridad¹. ¿Por qué seguir soportando pesadas cargas, encima impuestas por otros? Por eso se libera y se convierte en un ser libre. Se despoja de aquel hombre y se convierte en un ser libre. Ser libre es para este hombre, no tener presión, condicionantes... Ese es el hombre nuevo.

El hombre nuevo es el que se crea libertad, el que se crea libertad para crear todo nuevamente. El hombre nuevo es el que, siendo libre totalmente, se enfrenta al deber y crea nuevos valores, nueva forma de vida, es el que afirma con toda su fuerza y con todo su ser ¡Yo quiero! El hombre nuevo es el que tiene libertad y no sufre por no saber qué hacer con ella, por el contrario sabe disfrutarla a pleno. En este punto una ilustración que puede ayudar a comprender esta afirmación es mirar a los adolescentes. Generalmente ellos reclaman con vehemencia libertad, exigen ser libres, discuten con los adultos sobre la libertad,

pero cuando se les dicen que son libres sienten por un segundo una profunda alegría, pero al segundo siguiente un verdadero sentimiento de no saber qué hacer con la libertad, por lo que vuelven al cobijo de los adultos y de sus preceptos. El planteo de Nietzsche es singular: no se puede “hacer como si se es libre”, hay que ser libre.

Jaime Barylko, al respecto dice:

“Cuando eres libre, no sabes. Ningún saber es autoridad. Eres libre. No te dejas atrapar por ningún saber (...) Si no sabes, tienes que pensar. Pero no puedes quedarte ahí, parálitico, inmóvil, pensando. La existencia fluye, hay que hacer, hay que moverse, hay que actuar, hay que tomar decisiones”

En el caso del hombre nuevo que proclama Nietzsche, al no haber autoridades, al no haber dogmas, al no haber fundamentos, se tiene libertad, por ende disfruta, se goza y se vive la vida como un acto de locura.

Pero falta la tercera transformación, la del león en niño porque, siguiendo el texto de Así hablo Zarathustra: ¿Qué es capaz de hacer el niño que ni siquiera el león ha podido hacerlo?

Cuando uno observa un niño lo que visualiza es inocencia, un juego permanente, un querer hacer su voluntad a costa de lo que sea, en síntesis un eterno presente. Basta para confirmar estas proposiciones cuando el niño juega con otros niños. En algún momento el niño se enoja y grita que no quiere jugar más con el otro niño. Minutos más tarde ambos están jugando como si nada hubiera pasado. No hay rencores, no hay memoria del pasado porque solo existe el presente. Otro ejemplo que ayuda es cuando se percibe a los padres con niños en un centro comercial. El niño observa la vidriera de una juguetería y descubre un juguete que le gusta. Primero con cierta precaución el niño pide a sus padres el juguete en cuestión y éstos le indican que por ahora no es posible adquirirlo. El niño insiste, los padres vuelven a explicar y así la cuestión sube decibeles hasta que el niño hace un berrinche tal que quienes circulan por el centro comercial observan la escena murmurando entre sí sobre el comportamiento del niño y la actitud de los padres. Esto dura hasta que los padres se dan por vencidos y terminan adquiriendo el juguete que, por otra parte, tendrá el interés del niño por

unos escasos minutos. El niño ha ganado la batalla. El niño ha hecho su voluntad. El niño ha evidenciado que tiene el poder sobre sus padres y sobre los demás.

Esto es lo que busca Nietzsche representar con el niño. El niño no es otra cosa que la representación pura y simple de la voluntad caprichosa del poder. El niño tiene el poder y lo maneja a su antojo, crea universos en espacios insólitos, arma relatos ficticios, una cuchara es un avión, se olvida que está enojado al minuto de enojarse con otros. El niño representa en definitiva el eterno presente que genera un nuevo comienzo a cada instante, un instante que es único e irrepetible. No hay otro instante igual. Es un comenzar de nuevo eternamente.

Una imagen que permite comprender esta proposición es el niño en la playa. Es muy común que un niño cuando está en la playa construya castillos y es muy común que las olas se lo destruyan una y otra vez. El niño no se cansa de construir el castillo, al contrario con cada ola destructora se genera un nuevo comienzo.

Y en este nuevo comienzo, Dios no tiene que estar. El Dios de los cristianos, el Dios de los trasmundos, el Dios que manda cumplir sus mandamientos para que el hombre llegue al cielo no debe existir. Hay que eliminarlo, hay que matarlo. El mundo del Dios trascendente y, de la metafísica se derrumbó, desapareció. Dios es una idea inútil que lo único que hizo fue condicionar al hombre privándolo de gozar, de disfrutar, de ser libre. El goce, el disfrute, el ser libre era pecado y por tal había que rechazarlo. De esta manera el que era feliz y gozaba no era el hombre, sino Dios. Al eliminarlo quien termina disfrutando plenamente su humanidad es el hombre que debe buscar la verdad de su existencia ya no en una realidad superior y espiritual sino en el hombre mismo.

En la obra ¡Dios Mío! de Anat Gov, se plantea una trama en la que un psicoanalista recibe la visita de un personaje atormentado por múltiples situaciones. Ese personaje no es otro que Dios, un Dios abatido con el mundo actual y dispuesto a terminar con su creación. ¿Por qué? Sencillamente porque siente que el hombre no le ama. De hecho, a medida que avanza la obra se percibe que Dios crea el mundo y la humanidad con el solo objeto de sentirse amado y que, por no percibirlo se vengó con el Diluvio Universal. La sesión sigue hasta el punto de crear un clima especial que permite comprender a Dios que lo que le está matando es la falta de amor del hombre. Dios se muere por la falta de

amor del hombre. Dios siente que ya no le es necesario al hombre y que éste está creando un nuevo mundo en el que él, Dios, no está presente.

Esta obra teatral permite visualizar con singular sagacidad lo que el texto nietzscheano quiere mostrar: Dios es un obstáculo, hay que eliminarlo y la forma más fácil de hacerlo es dejarlo de amar. Dios se muere en el corazón del hombre. En este punto conviene recordar que a partir de la Edad Media el hombre reconoció a Dios como el sustento que por amor le daba la existencia. De hecho, gracias al amor de Dios el hombre reconoció que se movía y existía. Era un gran avance de pensamiento filosófico y religioso. Encontrar alguien que por amor sostenía la existencia del hombre generaba un vínculo de amor que permitía hablar de religión. La religión no es otra cosa que un vínculo de amor, un vínculo que pagaba con amor el amor que se entregaba.

Pero llegó Nietzsche con su sentencia de “Dios se ha muerto” y desde el momento mismo en que se mató a Dios, el hombre dejó de tener un vínculo religatorio con él para iniciar un proceso de disfrute de la vida representado por el niño. Ahora bien, el niño no necesita ningún fundamento, ninguna piedra angular sobre el cual construir un nuevo edificio. Toda referencia a un mundo desconocido prometido al sabio, a santo, al pecador que hace penitencia y para nada obligante, no era nada más que un trasmundo sin sentido al que no solo había que negar sino además había que dejarlo morir sin más.

Dios no existe y desde que murió, el mundo es otro.

Desde que Dios murió y el trasmundo dejó lugar a este mundo, el hombre, el grupo, la familia, la sociedad y el Estado son otros. Las cosas cambiaron y algunos parecen no haberse dado cuenta.

Las cosas cambiaron tanto al punto que el hombre es algo que debe ser superado, de allí la aparición del Superhombre. ¿Quién es el Superhombre? ¿Alguien con poderes especiales? ¿Alguien superpoderoso? No. Es, en la lectura de Nietzsche, el sentido de la tierra. De hecho, lo dice en el texto Así habló Zaratustra con mucha vehemencia: “*Diga vuestra voluntad: sea el superhombre el sentido de la tierra!*”

La pregunta que surge, escuchada esta afirmación es ¿Cuál es el sentido de la tierra? El sentido de la tierra no es otro que el sentido de esta tierra, nada de trasmundos, mundos paralelos, otras realidades. Eso no existe, eso es

deshumanizante para el hombre, porque le quita justamente la posibilidad de vivir el sentido de esta tierra.

De allí que Nietzsche, por boca de Zarathustra ataque con fuerza a todos aquellos que hablan de esperanzas sobrenaturales y de trasmundos. Dice que son envenenadores y despreciadores de la vida. Ellos detestan esta vida y ansían otra vida en otro mundo, mientras tanto no pueden disfrutar como niños de este instante.

Este instante único e irrepetible es el que permite aferrarse al sentido de la tierra. Zarathustra dice que en otro tiempo el delito más grande era el pecado contra Dios, pero al haber sido eliminado no quedo más que esta tierra y el pecado más grande es delinquir contra la tierra.

Hasta aquí lo que se observa es que desde que Dios irrumpió en la historia del hombre, lo único que se logró es quitarle al hombre su verdadera humanidad pues éste estuvo mirando a otro mundo sin prestar atención a esta realidad. Es por ello que el hombre debe rebelarse contra ese Dios que le quita el sentido de esta tierra. De allí que la transformación que sufre para convertirse en un niño. El niño es el nuevo hombre que goza sin obligaciones, no tiene memoria, vive el instante.

Pero se podría decir que faltaría un paso más. En el texto “De la visión y del enigma”, Nietzsche presenta a un pastor al que se le desliza por la boca una serpiente. Presenciando la escena se le grita al pastor que muerda la cabeza de la serpiente, cosa que hace el pastor y se pone de pie no ya un pastor ni tampoco un hombre sino un ser transfigurado que reía. El texto concluye diciendo que esa risa no era una risa de hombre.

Así planteado, lo que se observa es que el nuevo hombre no es otro que un niño que sabe reír, sabe jugar, sabe disfrutar el instante ya que en él se juega su libertad². El hombre nuevo es el hombre transfigurado, que sabe reír. Muchas veces el hombre no sabe reír porque no se permite disfrutar, pero cuando disfruta, ríe, goza, vive el momento, el instante y en conclusión es feliz.

Por eso cuando se dice “Se feliz”, lo que se está diciendo no es otra cosa que vivir y disfrutar ese instante a pleno haciendo lo que se siente que se debe hacer.

El análisis de estos textos de Nietzsche lo que quieren evidenciar es la situación del hombre a lo largo de la historia. Una historia en la que durante milenios dominó UNA imagen del hombre, una respuesta definitiva³ pero que, a partir de la muerte de Dios el hombre puede disfrutar como un niño que vive plenamente el instante absoluto y ríe como ningún otro hombre lo hace.

El hombre actual se desenvuelve en una sociedad sin Dios, sin rumbo y sin sentido. Jaime Barylko en Como ser persona en tiempos de crisis describe esta realidad:

“Eso pasó: perdimos los fundamentos. Y como anunció Nietzsche a fines del XIX, “Dios ha muerto”. Ello no significaba que la fe haya muerto ni que Dios no exista en la conciencia privada y mística de cualquier ser humano. Lo que no hay más es la institución, la religión y sus sacerdotes, a quienes hemos de respetar como portadores de los fundamentos. Y Dios ha muerto significa que todos los metarrelatos superiores (Lugar del hombre en el cosmos, La historia, La verdad, El bien, La belleza, Las mayúsculas, en fin) también han desaparecido, y lo que se derive de ellos sin lugar a dudas ha sido arrastrado.”

Este cuadro junto a un conjunto de fenómenos que caracterizan una situación determinada, posibilitan que se hable, según el Diccionario de la Real Academia Española, de un síndrome.

Tras la muerte de Dios, la sociedad ha sido arrasada y no ha quedado nada en pie. ¿Qué queda para hacer? Nada, solo comer y beber, total mañana vendrá la muerte. El mundo cambió. Lo grave no es que Dios se haya muerto, sino que, como lo deja entrever Barylko, no se encuentre un fundamento sólido que oriente y de sentido a los miembros de la sociedad quienes, vaya paradoja, viven y se comportan como niños.

Una sociedad sin sentido y sin rumbo en la que nada ha quedado en pie evidencia un síndrome: El síndrome de la sociedad devastada.

Para comprender esta afirmación, se ha de recurrir a una imagen. Una sociedad, un pueblo donde cada uno cumple con su responsabilidad personal: el médico cura, el maestro enseña, los alumnos estudian, los gobernantes buscan el bien común, el panadero hace pan, el vendedor vende, la policía custodia a los habitantes, los sacerdotes cumplen con su ministerio y así la lista puede seguir. Esta imagen nos representa una sociedad a la que podríamos llamarla dotada de determinados atributos que la hacen aceptablemente vivible.

Ahora bien, una mañana, un mediodía o una tarde, esa sociedad fue atacada por una bomba, por un virus, por una peste o por lo que se considere más destructivo. No quedó nada en pie. No hubo edificio que resistiera la destrucción. Solo un edificio permaneció de pie, inmutable frente a la destrucción: la escuela y dentro de ella los maestros.

Pasado el primer momento destructivo surgió que en esta sociedad hubo heridos, hubo huérfanos, hubo despojos de bienes, hubo inseguridad, hubo falta de palabras de consuelo, entre otras cosas. Todos miraron a la escuela, único edificio en pie. Todos miraron al maestro que, a partir de ese momento, se tuvo que hacer cargo de curar al herido, dar de comer al hambriento, consolar al huérfano, enterrar a los muertos, cuidar los bienes ajenos del rapiñaje y encima de ello, enseñar.

Ese es el síndrome de la sociedad devastada. Un síndrome que se puede observar a partir de cómo se delega en la escuela las responsabilidades propias de las diferentes instituciones sociales. Leyendo las noticias se puede observar que los accidentes viales se pretenden bajar enseñando educación vial en la escuela, que se busca bajar la tasa de embarazo adolescente enseñando educación sexual al interior de las aulas, que se desea eliminar la violencia de género, que se pretende desterrar el abuso sexual, que se alienta a disminuir la violencia en general y otras cosas más, todo en la escuela, una escuela que además ya alimenta, ya identifica síntomas de desnutrición y que hace muchas otras cosas más ajenas a su esencia.

En el texto Escenas de la vida posmoderna, Beatriz Sarlo presenta justamente distintas escenas que reflejan a esta sociedad devastada en donde las

instituciones han perdido su prestigio simbólico y la subjetividad refleja escasez de sentido formal y moral:

Lo que Sarlo refleja en su texto no es ninguna novedad. Por la misma época, pero desde otra perspectiva, Enrique Rojas planteó frente a la pérdida de un fundamento, como lo puede ser Dios, la aparición de nuevos soportes sociales y humanos vinculados al hedonismo y al consumismo:

La sociedad devastada es una sociedad sin prohibiciones, ni territorios prohibidos, no hay límites. Rojas señala que el derrumbamiento de los fundamentos produce vidas vacías que navegan por las aguas del relativismo y que él denomina metafísica de la nada. No hay a qué aferrarse.

En la sociedad devastada no hay apoyo firme. Entonces las personas se apoyan en las cosas, en los objetos, en la técnica y delegan en la escuela su propia responsabilidad. En la sociedad devastada no hay compromisos. Todos se despreocupan y se dedican a sus cosas. Sarlo en su libro describe con detalle lo que sucede al interior de un local de video juegos reflejando en gran medida lo que es una sociedad devastada:

“...Como sea, nadie mira ni las paredes ni el techo, nadie tiene tiempo para desplazar la vista. Saben que hay poco para ver (...)

La luz cenital se mezcla con otras luces: destellos, rayitos, bruscas iluminaciones, oscurecimientos (...)

Si me coloco cerca de alguno de los asistentes, un poco de costado para poder ver lo que está haciendo, su mirada no se desvía y esa falta de contacto me permite suponer que no lo molesto demasiado. Sus ojos están abstraídos en una pantalla, sus manos separadas manejan las palancas y los botones de un comando. A veces, un movimiento de cabeza me permite suponer la sorpresa, la contradicción o la alegría, pero en general son gentes poco demostrativas, ensimismadas,

abstraídas en la configuración visual de la pantalla que cambia según los resultados instantáneos de sus actos o las decisiones inescrutables de los chips.”

La sociedad devastada no es una sociedad en crisis, es una sociedad donde no hay escala de valores ni jerarquías. Jaime Barylko plantea que desde el inicio de los tiempos se vivía, se escribía y se pintaba para la eternidad y que, actualmente, esa eternidad fue suplantada por lo pasajero, lo inmediato, lo inseguro, lo light .

Para entender lo que significa light hay que volver a Rojas:

“Lo light lleva implícito un verdadero mensaje: todo es ligero, suave, descafeinado, liviano, aéreo, débil y todo tiene un bajo contenido calórico. (...) La vida light se caracteriza porque todo está descalorizado, carece de interés y la esencia de las cosas ya no importa. Sólo lo superficial es cálido”(1995, 12)

La sociedad devastada no es otra cosa que una sociedad que no tiene verdades absolutas ni creencias firmes, es una sociedad donde no hay orden, es decir existe el des – orden. En una sociedad donde hay des – orden, hay anomia que trae como consecuencia la corrupción y la impunidad. No hay reglas en ningún ámbito. Una sociedad devastada es una sociedad sin rumbo, no tiene meta, carece de sentido, es como la veleta de los vientos que se deja llevar por la superficialidad del temperamento de ese día y de esa hora sin una línea de compromiso con ciertos valores; es una sociedad que se entrega a los medios de comunicación, principalmente la televisión.

La televisión, en la mirada de Sarlo, produce una continua repetición de imágenes que son imposibles de retener pero que generan placer y tranquilidad. Una imagen compite con otra al punto que en determinado momento son anuladas por otra. La dialéctica de la imagen se continúa así hasta el infinito y el zapping hace que las imágenes sean cada vez más importantes:

La escuela y el maestro deben competir con estas imágenes que tienen mucho más valor que la palabra hablada del maestro y escrita en un libro de texto. Sarlo, con agudo ingenio e ironía plantea que si hasta hace un tiempo el novelista francés Honoré de Balzac era más interesante que los autores de una serie televisiva como por ejemplo Dallas, en la actualidad se podría brindar una demostración en sentido contrario:

La pérdida del valor de la palabra es algo que atraviesa a la sociedad devastada. La ausencia de palabra genera silencio, un silencio solo ocupado por la televisión y sus ruidos. Cuando la ruidosa imagen de la televisión no está, el hombre se refugia en el gran invento del teléfono celular que permite aislarse de los demás y ensimismarse en una trama personal de ruidos carente de profundidad. La ausencia de palabra refleja falta de compromiso, ésta ha perdido su valor y por ende aparece la desconfianza. La ausencia de palabra también evidencia falta de verdad y, si no hay verdad, queda la apariencia, surgen las máscaras, lo auténtico deja lugar a lo anecdótico.

La sociedad devastada es la sociedad donde el pensamiento nietzscheano del todo vale lo mismo, encuentra su suelo más fértil. Al respecto, dice Barylko:

“No hay dios, no hay fundamento, la pluralidad es lo que hay, cada cultura vale en sí y por sí, cada relato tiene su propia legitimación pero no puede pretender convencer a nadie que no crea en él. Vale Discépolo, vale Borge, vale Byron, vale Dante. Todos valen lo mismo o, si se quiere, lo mismo da que existan o no. El mundo no tiene historia ni dirección, ni el hombre una misión que cumplir”

Esta sociedad devastada cuenta, como lo dice Skorka en su texto ¿Hacia un mañana sin fe?, con una enorme cantidad de jóvenes que deambulan buscando un sentido a sus existencias y, como no lo hallan, intentan escapar de la vida mediante todo tipo de drogas. Esta sociedad devastada compuesta por hombres sin brújula donde el hambre, la miseria, las abismales diferencias

sociales, la descomposición familiar, la carencia de afecto son parte de su realidad, ha dejado a la escuela como responsable de todas aquellas cosas que ella y sus miembros no se hacen cargo. No se trata aquí de decir que la escuela no está preparada para los tiempos que corren o que se ha quedado en el tiempo. Algunos personajes que levantan su voz como si fuera una palabra autorizada, pero que en absoluto están compenetrados con la realidad que ocurre en las instituciones educativas en particular, plantean que la escuela no se encuentra a la altura de las circunstancias, que se mantiene estática frente a la velocidad de las transformaciones que ocurren. Lo que estas voces no se dan cuenta es que la escuela no puede hacerse cargo de las responsabilidades sociales específicas de otras instituciones. La escuela tiene una misión cual es la comunicación sistemática de saberes sociales a las nuevas generaciones. Esa es su función esencial para lo cual fue creada.

En una sociedad devastada, sin rumbo, la escuela sigue siendo el espacio irreductible donde el maestro sigue comunicando significativamente saberes para que las nuevas generaciones comprendan que solo a través del conocimiento se puede salir de la devastación. En la escuela de la sociedad devastada, el cuestionado maestro debe constituirse como modelo para un conjunto de niños cuya adolescencia se adelantó y participa de las mismas actividades que los adolescentes adultos.

En la sociedad devastada el adulto comparte con el niño su vida, es decir se está en una situación de iguales.

“...Los tradicionales reductos adultos ya no están reservados a personas experimentadas y maduras y, por ejemplo, el porno perdió todo su misterio y está a apenas un clic de distancia e cualquiera al que le interese; el sexo ya no es secreto, es exhibido sin pudor y es accesible con facilidad. La televisión veinticuatro horas de extensión ilimitada acabó con las restricciones horarias de programas para diferentes edades y

los canales infantiles son accesibles a cualquier hora del día o de la noche”

En este punto se podría asegurar que hay una simetría entre adulto y niño. Los dos comparten una vida, comparten una etapa evolutiva, comparten las mismas actividades y hacen lo mismo. No está errado que un adulto comparta actividades con los niños. El problema está en que existen actividades para adultos y otras para niños. La sociedad devastada los igualó. Los hizo simétricos.

El maestro entonces aparece como el único que puede rescatar la asimetría adulto – infante. Su posición de saber en una institución social creada para ser comunicadora de conocimientos le ubica en un lugar distinto. Es “el maestro” frente a “un alumno”. Entre maestro y alumno hay una relación asimétrica marcada ya sea por el saber, por el conocimiento de la normativa o por la autoridad delegada por la sociedad.

Esta asimetría es necesaria. Maestro y alumno no son iguales. El maestro tiene algo que brindar y el alumno tiene algo que recibir. La relación también puede darse a la inversa pero bajo ningún concepto simétrica.

Hoy la sociedad devastada ha generado relaciones simétricas. Muchas veces se escucha en las oficinas de los directivos a padres que dicen “yo soy amigo de mis hijos”. El hijo necesita de un padre, no de un amigo. La frase aunque dura, es necesaria ponerla sobre la mesa para valorizar la importancia que tiene la figura de un padre y de un hijo, de un maestro y de un alumno en relación asimétrica.

La escuela tiene una misión y el maestro la ejecuta en circunstancias sumamente complejas. El maestro de la escuela de la sociedad devastada es el único “faro” que puede señalar rutas y destinos.

La tarea del maestro no es fácil. El pasado no fue el mejor pero tampoco el presente lo es. Lo que se intenta es buscar un punto medio que permita, mirando hacia atrás y proyectándose hacia adelante generar una acción educativa en donde la generación adulta se vincule con una generación de niños asimétricamente.

Narodowsky plantea que los desafíos para el maestro son variados, pero el principal es tener la conciencia de ser un profesional que se vincula

asimétricamente con sus alumnos comprendiendo los cambios que se dan en el escenario posmoderno. Esta toma de conciencia genera que la formación docente contribuya a que los futuros maestros no reproduzcan estructuras de orden, disciplina y racionalidad. Es necesario formar futuros maestros que puedan comprender la realidad social y cultural para crear lazos asimétricos indispensables pero no permanentes.

El maestro de la sociedad devastada está en una encrucijada: o se deja vencer por la marea de la devastación o se convierte en una roca sólida que, mediante el ejemplo, sigue señalando un norte, un sentido, una libertad.

3. Aspectos metodológicos

El presente trabajo responde a la pregunta ¿Es actualmente el maestro autoridad para sus alumnos? Para responder a esa pregunta se realizó un análisis bibliográfico que permita encontrarse con fuentes documentales en pos de generar hipótesis para una investigación posterior.

La pregunta formulada genera un estudio exploratorio basado en diferentes autores puntuales que abordan esta cuestión. La lectura de los textos seleccionados permite establecer el concepto de sociedad devastada vinculándolo con la tarea que desenvuelve el maestro al interior de la escuela.

4. Resultados alcanzados y/o esperados

La investigación bibliográfica no es un momento dentro del proceso de investigación. Es un proceso que acompaña. En este caso bucear sobre el tema de la infancia, de la escuela, del maestro ha permitido detectar una serie amplia de material bibliográfico pero que, buscando respuesta a la pregunta formulada, ha sido seleccionado permitiendo comprender cómo el maestro en la sociedad devastada es un modelo para sus alumnos con los cuales se relaciona asimétricamente.

La revisión de la literatura no ha buscado volver a estudiar, a analizar, a comprender lo que ya se estudió anteriormente. Se intentó, sobre la base de la bibliografía obtenida establecer una base de trabajo para una posterior investigación que, de hecho, exige ser abordada y considerada.

Concluyendo, esta es una muestra de la realidad, una muestra ínfima, pequeña y minúscula pero que abre a cuestiones de análisis profundo que deben

ser repensadas en el tiempo, como por ejemplo la cuestión de los planes de estudio, las propuestas áulicas de los docentes, las estadísticas y los índices de mejora, entre otros. Incluir permite que todos tengan acceso a beneficios, pero el desafío está en incluir con calidad convirtiendo a un niño o a un joven o a un adulto, en una pura potencia de aprendizaje⁴.

El desafío está planteado, pero parece que para vencerlo hará falta no solo buena voluntad sino decisión, no solo política sino acción concreta para que el discurso de la inclusión, de la equidad, de la igualdad no quede solo en palabras vacías sino en prácticas que se concreten y permitan que todos estemos en la misma línea de largada con las mismas posibilidades.

5. Bibliografía

BARYLKO, J.(2002) Como ser persona en tiempos de crisis, 1ra. Edición, Buenos Aires, Emecé

GRIMSON, A. (2015) Mitomanías de la educación argentina: Crítica de las frases hechas, de las medias verdades y las soluciones mágicas, 1ra. Edición. 2da. Reimp. Buenos Aires, Siglo XXI Editores.

http://www.clarin.com/politica/Cristina-apunto-maestros-meses-vacaciones_0_656334433.html. Fecha de consulta: 12/10/2015

IMBERNON, FLa profesión docente en la globalización y la sociedad del conocimiento.

IMBERNON, Francisco: La profesión docente en la globalización y la sociedad del conocimiento

http://www.ub.edu/obipd/docs/la_profesion_docente_en_la_globalizacion_y_la_sociedad_del_conocimiento_imbernon_f.pdf. Fecha de consulta: Agosto de 2015

NARODOWSKY, M. (2010) Un mundo sin adultos, 1ra. Edición, Buenos Aires, Debate,

PINEAU, P. (2016) Historia y política de la educación argentina Buenos Aires, Ministerio de Educación de la Nación, 1ra. Edición.

⁴ RIVAS, A.: Op. Cit., Pag. 170

PUIGGROS, A. (1996) Que pasó en la Educación Argentina desde la conquista hasta el menemismo, Kapeluz, Buenos Aires.

RIVAS, A. (2014) Revivir las aulas, 1ra. Edición, Buenos Aires, Debate.

ROJAS, E. (1994) El hombre lighth, Octava edición, Buenos Aires, Ediciones Temas de hoy.

SARLO, B.(2014) Escenas de la vida posmoderna: Intelectuales, arte y videocultura en la Argentina, 1ra. Edición, Buenos Aires, 1ra. Edición, Ariel 1994, 2da. Edición, Siglo Veintiuno Editores,

SKORKA, A ¿Hacia un mañana sin fe? 1ra. Edición, Buenos Aires, Longseller, 2005

TEJERINA N, G. (2015) El sentido de aprender. Enseñar y aprender con sentido en una sociedad devastada, 1ra. Edición, Okapi diseños, Salta.

VATIMO, G. (1996) Creer que se cree; Paidós, Buenos Aires, 1ra. Edición en Argentina.